



Trabajadores migrantes en tiempos de pandemia

ANTONIO JIMÉNEZ SÁNCHEZ
Secretario general de UGT en la Región de Murcia

Las circunstancias en las que se produjo el fallecimiento del jornalero dibujan un cuadro de economía sumergida, explotación y déficits que no se puede repetir

Como en todas las crisis, las personas más vulnerables son las que más están sufriendo las consecuencias sociales y económicas de esta horrible pandemia que nos ha sobrevenido a todos, sin tener los deberes hechos. Sin músculo industrial; dependiendo permanentemente del turismo de sol y playa; con unos servicios públicos aún heridos por los recortes; a años luz de estar preparados para generalizar la administración electrónica o articular una solución a las necesidades de conciliación que no descanse únicamente en los centros educativos; cimentando el crecimiento sobre capas y capas de desigualdad y pobreza laboral... Así es como nos ha sorprendido el maldito coronavirus. Y aunque la respuesta gubernamental y europea haya sido bien distinta a la de 2008, el drama social que esta crisis ha abierto en el seno de cientos de miles de familias está muy lejos de ver su fin.

De esos hogares, los de los trabajadores y trabajadoras migrantes están siendo de los más castigados, al carecer además de redes familiares de apoyo. Llueve sobre mojado para un colectivo que es mayoritario en los estratos salariales más bajos, en las ocupaciones más duras y precarias, en la economía sumergida, siendo, en determinados casos, víctimas de mafias y explotadores.

No ayuda, desde luego, la existencia de una normativa de extranjería que favorece la precariedad laboral, anula la aplicación del principio de igualdad de trato en las relaciones laborales y condena a los trabajadores y trabajadoras inmigrantes a largos períodos de clandestinidad y trabajo irregular. Tampoco ayuda la incapacidad de las administraciones públicas para dejar de ver a las per-

sonas inmigrantes como un problema del que deshacerse, y empezar a verlas como personas con derechos.

Por si fuera poco, irresponsables declaraciones (algunas de cargos institucionales) han terminado de encender la mecha de los discursos más racistas y aporofóbicos en nuestra Región, extendiéndose burdos bulos, como los que hablan de nacionalizaciones masivas de los recién llegados (cuando se tarda una media de diez años para obtenerla), los que vinculan a las personas inmigrantes con la delincuencia (sin ningún tipo de base estadística para ello), o aquellos que los identifican como perceptores de cuantiosas ayudas que ni siquiera existen.

Estamos teniendo noticias de la generación de situaciones de grave tensión social y tratos discriminatorios hacia las personas inmigrantes, que se extiende al ámbito laboral. Un clima de estigmatización que perjudica su acceso y permanencia en el empleo, además de la convivencia pacífica y respetuosa de todas y todos. Clima que, en ningún caso, debería verse fomentado por nuestros representantes públicos, garantes de la observancia de las obligaciones internacionales propias de un estado democrático como el nuestro.

El virus está en las calles, no distingue por lugar de nacimiento ni color de piel. Pero es cierto que, donde no hay condiciones de vida y de trabajo dignas y seguras su propagación es más probable. Señalemos entonces, no a las víctimas, sino a la insuficiencia de los medios de acogida y el incumplimiento de las medidas sanitarias en los lugares de trabajo; persigamos la trata de seres humanos con fines de explotación laboral; pongamos el dedo en la llaga de los abusos que se cometen, muy especialmente, con los tem-

poreros y temporeros de las campañas agrícolas o en el trabajo doméstico.

¿A nadie le chirría el cinismo de aplaudir a los turistas europeos que vienen a nuestros hoteles, y, en cambio, vociferar contra inmigrantes, muchos de ellos menores, que vienen huyendo de la más atroz miseria y a los que empleamos en paupérrimas condiciones bajo nuestros invernaderos o cuidando de nuestros mayores?.

Las circunstancias en las que se produjo el fallecimiento del jornalero Eleazar Blandón, dibujan un cuadro de economía sumergida, explotación laboral, déficits en los sistemas de prevención de riesgos laborales y trato degradante e inhumano, que no puede volver a repetirse. Fallecimiento por el que tenemos que exigir con firmeza todas las responsabilidades concurrentes, en una Región que paradójicamente dispone de una Dirección General de Diálogo Social y Bienestar Laboral.

Convendría no olvidar la contribución de las personas extranjeras a la riqueza de nuestro país y nuestra Región, no solo la de los que vienen como turistas, también la de quienes vienen a establecer aquí su residencia y han ayudado a contener la negativa evolución demográfica, a enriquecer nuestra fuerza de trabajo y a contribuir al sostenimiento de nuestro Estado de Bienestar.

No dejar a nadie atrás en esta crisis debería ser la principal preocupación de nuestros poderes públicos y, para ello, no hay más camino que remar en la misma dirección, por la dignidad social y laboral de todas las personas, con independencia de su nacionalidad u origen, por la convivencia, la cohesión social y la igualdad de oportunidades, frente al hipócrita, irresponsable y vacío discurso del odio que algunos sostienen.

Inhumanidad en el deporte

El ciclista Jakobsen acabó en la UCI tras ser arrinconado por un feroz rival que provocó un accidente múltiple. Circuitos peligrosos, esfuerzos excesivos, rivalidades insolidarias, tanto en ciclismo como en motos, coches y otros muchos deportes, los convierten en fuente, demasiado frecuente, de actos extremos.

FERMÍN ESPINOSA

Los originales que se envíen a esta sección no deberán sobrepasar 25 líneas. Estarán firmados y se hará constar el número del DNI junto con el domicilio y el número de teléfono de sus autores. También pueden enviarse por correo electrónico a: cartasdirector@laverdad.es

dro Sánchez en lo que a política municipal se refiere. Así, ha negado a los ayuntamientos disponer de su capacidad para hacer frente a las consecuencias de la Covid-19 en sus municipios. Y, craso desatino y ceguera, porque los consistorios deben tener libertad para poner en valor sus superávits, para destinarlos a la más provechosa gestión de sus pueblos y ciudades.

Los ayuntamientos han demostrado de sobra su buen hacer y eficacia en otras coyunturas complejas del pasado reciente. Son los que mejor y más exitosamente articularon medidas y soluciones frente a la crisis económica anterior y mala cosa es que el Gobierno de

la nación no lo haya entendido quitando a los consistorios la potestad para usar sus propios recursos a la hora de arbitrar ante tamaño desafío del coronavirus el mayor bienestar social posible para sus vecinos.

Malos tiempos para nuestra sociedad que deberán timonear con pulso firme y rumbo preciso personas con capacidad de liderazgo en planos como el de la política, la economía y la acción social en pro de los irrenunciables intereses generales de una ciudadanía que demanda a sus dirigentes respeto, unidad, solvencia moral y confianza para conjurar este entuerto de órdago.

JUAN JOSÉ RUIZ MOÑINO

Colapso

El siglo XXI se ha quedado antiguo de repente. La realidad adquiere texturas de ciencia ficción

JUAN FRANCISCO FERRÉ



Estamos a punto de colapsar. Se siente la inminencia en todas partes. Todos los signos así lo indican, pero esto nunca ocurrirá más que de manera fantasmal. Vivimos en un mundo que juega en permanencia con sus límites y se pone a prueba. Se revoluciona y entra en crisis periódicas para conocerse mejor. El sistema capitalista se resetea a diario, fuerza su capacidad de resistencia al máximo y aprende a superar sus errores sin eliminar las causas.

Es más probable que el coronavirus sea un producto de laboratorio, diseñado para infiltrarse en las costuras de este mundo con peligrosa facilidad, que un organismo natural incubado por algún pobre animal explotado. Solo los intereses de quienes desean sacar partido de esta crisis impiden averiguarlo con certeza. El ruido mediático confunde a los ciudadanos. No les permite comprender con exactitud qué ha pasado, o está pasando, qué terrible información les ocultan para no asustarlos, qué males les cabe esperar en el futuro inmediato. Hasta la farsa del destierro real es un señuelo para distraer la atención colectiva en este paréntesis aciago. Como dentro de un año no haya vacuna, la situación será desesperante.

El siglo XXI se ha quedado antiguo de repente. La realidad cotidiana adquiere texturas de ciencia ficción. De ahí la oportunidad de una serie como 'El colapso', que habla de todo esto. De quién sobrevive al desastre y de quién no, y en qué condiciones. Episodio tras episodio, el espectador ve los efectos del hundimiento del sistema en zonas neurálgicas de la realidad, presentando con realismo extremo ocho escenarios locales de una catástrofe global. El relato es demoledor. Los que tienen, como las élites económicas y políticas, se salvan. Y los que no, se condenan. Así de simple. Los dueños y señores de este mundo gozan de una segunda oportunidad sobre la tierra baldía. Una isla lejana y lujosa, acondicionada como un hotel árabe, donde exiliarse cuando el sistema sucumbe. Y a los otros, los miserables y parias de nuestro tiempo, la inmensa mayoría, sin distinción de raza, edad o sexo, solo les queda morir solos o sobrevivir en circunstancias intolerables.

Es la serie de moda en Francia. Se ha hecho viral durante los meses de la pandemia y el confinamiento. Pudo concebirse en principio como una fantasía pesimista para alertar al espectador sobre el fin de nuestro modo de vida. Ahora todo ha cambiado. Así funciona el sistema. Los que carecen de imaginación, como decía Godard, se refugian en la realidad.